

Melville en Mazatlán

Vicente Quirarte

A finales de marzo de 1844, el navío United States llega al puerto de Mazatlán. Ahí permanece tres semanas. Su tripulación incluye a un grumete de 24 años con aspiraciones literarias. El fragmento que presentamos de esta pieza teatral de Vicente Quirarte teje la fabulación de un joven Herman Melville en diálogo con la versión de sí mismo a la edad de 60 años, ya dominado por el decaimiento físico y mental.

A Jorge Ruiz Dueñas

HERMAN II.— Mazatlán. Ma-za-tlán. Ma-za-tlán. MA-ZATLÁN.

HERMAN I.— (*Despega la vista del periódico y voltea a ver al joven*). ¿Cómo dijo?

HERMAN II (*Sin voltear a mirarlo, absorto en su tarea*).— Mazatlán... Ma... za... tlán.

HERMAN I.— ¿Me habla a mí?

HERMAN II.— No. (*Herman I vuelve a su ensimismamiento con el periódico. Pausa larga. Herman II hace la bolsa de alimento a un lado y se dirige a su interlocutor*). Bueno, sí. Sí le hablo a usted. Hablo con usted.

HERMAN I.— ¿Sí o no? Explíquese.

HERMAN II.— Hablo conmigo, pero como usted me oyó, ahora tiene que escucharme.

HERMAN I (*Pausa larga, sin dejar de mirar el periódico*).— Joven, nadie escucha. Contadas veces oye. Si quiere ser oído, vaya a uno de los espacios especialmente puestos para pregonar. Lo que sobra en esta ciudad son locos. Y sitios para encerrarlos. Nadie los escucha pero no hay más remedio que oírlos. (*Ambos guardan silencio. Pausa larga. Herman II sigue alimentando a las palomas*). Blackwell.

HERMAN II.— ¿Cómo dijo?

HERMAN I.— Blackwell... un hospital de locos, no lejos de aquí.

HERMAN II.— ¿Hospital *de* locos o *para* locos?

HERMAN I.— Es lo mismo.

HERMAN II.— Es lo mismo pero no es igual. *De* locos, significa que todos lo están. *Para* locos, que entran allí quienes no tienen otro remedio que cruzar las puertas de otro infierno. O de una extraña forma de paraíso.

HERMAN I (*Voltea a mirarlo con ligera curiosidad y vuelve a su periódico*).— Por favor, ¿puedo leer en paz?

HERMAN II.— ¿Dónde está ese hospital que dice?

HERMAN I (*Impaciente, sin voltear a mirarlo*).— Blackwell es una isla tan pequeña que puede ser recorrida en una hora. Nadie la nota. No junto a este monstruo de isla.

HERMAN II.— Esta isla monstruosa a la que no es posible sino odiar. O amar contra todo. Nueva York. ¿Se puede ser de otra parte? Aquí nace el mundo cada día. (*Pausa*). Me gustaría estar loco, en verdad, para merecer la isla que menciona. Imagine las historias



Arturo Ríos y Pedro de Tavira en la obra *Melville en Mazatlán* de Vicente Quirarte, dirigida por Eduardo Ruiz Savinón

que de allí saldrían. (*Pausa*). ¿No le molesta que me sienta aquí, verdad?

HERMAN I.— Vaya, al menos lo pregunta. La verdad, sí me molesta...

HERMAN II.— Sin embargo, si al llegar hubiera preguntado “¿Puedo sentarme en esta banca?”, hubiera respondido que sí, pues sobre todas las cosas es un caballero.

HERMAN I (*Despega la vista del periódico y mira a Herman II de arriba abajo*).— Y usted, evidentemente, no lo es. Casi todos los lugares están desocupados y usted llega a sentarse precisamente aquí... en *mi* banca.

HERMAN II.— Sí, porque quiero hablar con alguien. Estoy seguro de que con usted.

HERMAN I.— Vaya, esto sí que comienza a ser gracioso, a fuerza de incómodo, y a punto de ser insostenible. ¿Hablar conmigo?

HERMAN II.— Mire, en algunas de las bancas de este parque hay gente que, como usted, acostumbra dar de comer a las palomas. Y a gaviotas que se cruzan en su camino. Usted también, pero además, hacía otra cosa.

HERMAN I.— ¿Otra cosa?

HERMAN II.— Sí. Estaba escribiendo.

HERMAN I.— ¿Escribiendo?

HERMAN II.— Sí. Estaba escribiendo... Algo que lo absorbía, lo apasionaba, lo transformaba. Lo estuve observando antes de venir a sentarme junto a usted.

HERMAN I.— Si estaba escribiendo es algo que me interesa sólo a mí.

HERMAN II (*Ansioso y alegre*).— Evidentemente. (*Pausa. Expectante*). ¿Es usted escritor?

HERMAN I (*Incómodo, dudoso*).— ¿Yo? No... No, no soy escritor.

HERMAN II (*Lo mira atentamente*).— Ahora no lo pregunto sino lo afirmo. Es usted escritor. Sabía que no me equivocaba al sentarme aquí. Vuelvo a casa, sin heridas mortales en el cuerpo, las justas en el alma. Antes quise detenerme a contemplar las aguas que me vieron nacer, las mismas que me van a bautizar como escritor. Por si fuera poco, tengo la enorme fortuna de encontrarme con un verdadero escritor.

HERMAN I.— De una vez por todas, joven, tome sus cosas, siga su camino y déjeme en paz.

HERMAN II.— Está bien. Prometo ya no hablarle. Permita solamente que termine esta bolsa de alimento y me voy. (*Arroja alimento a las palomas al ritmo de sus palabras*). Ma-za-tlán- Ma-za-tlán.

HERMAN I (*Aparta la vista del periódico y voltea a mirar al joven*).— ¿Por qué repite esa palabra?

HERMAN II (*Como si fuera atrapado en una acción prohibida*).— ¿Puedo contestar? ¿Me es permitido contestar?

HERMAN I.— Por favor... No pida permiso como niño de escuela.

HERMAN II (*Divertido, levanta la mano, como si pidiera permiso*).— Eso sí me gusta hacerlo. Sé hacerlo. Antes de ser marinero fui maestro de escuela. ¿Me es permitido hablar?

HERMAN I.— Sí, hable. (*Dobla su periódico*). Ya que me arruinó la lectura y el placer de estar solo, hable. ¿Por qué repite esa palabra?

HERMAN II.— Porque vengo de un largo viaje, y de todos los lugares donde estuve, fue seguramente la palabra que más me gustó. La que me quedó, por así decirlo, grabada en el oído.

HERMAN I.— Es como una danza, ¿verdad? Con todas sus vocales abiertas, sus tambores y zumbidos: Ma...za...tlán...Ma...za...tlán... Tiene usted buen oído... joven.

HERMAN II.— Ya que me permitió hablar, le pregunto otra vez: ¿es usted escritor?

HERMAN I.— No, no soy escritor.

HERMAN II.— ¿Entonces?

HERMAN I (*Pausado y categórico*).— Trabajo en la Aduana.

HERMAN II.— En la Aduana. Qué divertido. ¿Es divertido?

HERMAN I.— Es el trabajo más monótono del mundo. Pero garantiza la comida en la mesa. Y, sobre todo, lo mantiene a uno ocupado. Ahuyenta fantasmas.

HERMAN II.— ¿Tiene usted una oficina?

HERMAN I.— Sí, por fortuna. Con una gran ventana.

HERMAN II.— Desde la que puede mirarse —seguramente— toda la bahía. La más hermosa del mundo, aunque haya otras donde exista más... más Naturaleza. Me gusta el mundo ocupado, más que el virgen, ¿está de acuerdo?

HERMAN I.— ¿De acuerdo en qué?

HERMAN II.— En que es mejor el mundo ocupado que el desnudo.

HERMAN I.— No, no, no. Antes de esta última tontería dijo muchas otras.

HERMAN II.— Si las tomó en cuenta es porque no son tonterías.

HERMAN I.— Vaya más despacio. Ponga en orden sus ideas... joven.

HERMAN II.— ¿Por qué me llama joven? ¿Le gustaría que yo lo llamara viejo?

HERMAN I.— Usted es joven y yo viejo, pero definitivamente no me puede decir viejo. En cambio, yo a usted sí le puedo decir joven.

HERMAN II.— ¿Por qué?

HERMAN I.— Porque así es, ¿no lo han educado?

HERMAN II.— Sí, marineros y oficiales que obedecen más que a su conciencia al ron de las Antillas... (*Herman I sonríe*). Vaya, vamos por buen camino. Por lo menos he borrado la sombra de su rostro. Inclusive se ve más joven. Se ríe.

HERMAN I.— Sí, de mi pasado.

HERMAN II.— ¿De su pasado?

HERMAN I.— Mi pasado no tiene importancia para alguien que acabo de conocer.

HERMAN II.— Entonces hablemos del presente. Así que la Aduana.

HERMAN I.— ¿Qué con la Aduana?

HERMAN II.— Me dijo que trabajaba en la Aduana.

HERMAN I (*Vacilante*).— Así es.

HERMAN II.— ¿Y qué hace?

HERMAN I.— Digamos que empujar la pluma.

HERMAN II.— ¿Ve cómo no me equivoco? Lo que me está diciendo es que escribe. Que se gana la vida escribiendo.

HERMAN I.— Empujar la pluma es muy diferente a escribir.

HERMAN II.— Empujar la pluma, como usted dice, es un esfuerzo titánico, sobre todo cuando se hace con el corazón y se entrega el alma.

HERMAN I (*Sonríe complacido*).— En eso estoy totalmente de acuerdo con usted.

HERMAN II.— Aleluya. Por una vez.

HERMAN I.— Sí, por una vez. Por eso se ha ganado el derecho a que responda a su pregunta.

HERMAN II.— ¿A cuál pregunta?

HERMAN I.— A la que me hizo desde un principio. Cuando llegó a... molestarme.

HERMAN II.— Ah, esa pregunta.

HERMAN I.— ¿Ya no le interesa la respuesta?

HERMAN II.— Por supuesto que me interesa, sobre todas las cosas. Va de nuevo, entonces. ¿Es usted escritor?

HERMAN I (*Pausa larga*).— He sido escritor.

HERMAN II.— ¿Cómo es posible? Yo quiero ser escritor. Y quiero serlo toda la vida.

HERMAN I.— ¿En verdad es lo que quiere?

HERMAN II.— Traigo un impulso que me desborda y me inflama. Por eso he viajado. Para ver, para aprender, para tener de qué hablar. No me comieron los caníbales, pero yo sí voy a devorar el mundo. Tengo todo el tiempo.

HERMAN I.— Sí, a su edad se tiene todo el tiempo. Y todo el apetito. ¿Qué va a hacer con ellos?

HERMAN II (*Se toca el pecho, del lado del corazón*).— Transformar lo que traigo aquí, ponerlo por escrito. Crear novelas donde el joven que las lea viva, sienta, sude, goce y sufra conmigo.

HERMAN I.— ¿Y por qué limitarse a los jóvenes? Sea más ambicioso, si en verdad quiere comerse el mundo, como dice. Escribir es poner en letras lo que nadie ha dicho pero quisiera decir.

HERMAN II.— Pero eso es imposible.

HERMAN I.— Imposible, no. Difícil, por supuesto. La escritura no es para los débiles.

HERMAN II.— Tampoco el mar.

HERMAN I.— Tampoco. Aspire a que lo que escriba sea como el mar: complejo, profundo, interminable. Aunque tarde años en hacerlo. Dios no hizo el mundo en un solo día.

HERMAN II.— ¿No es mucha vanidad comparar al escritor con Dios? Yo quiero hacer algo más humilde, más próximo a la tierra y a las cosas.

HERMAN I.— El poeta, como el capitán del barco, es dios en su dominio. Sin embargo, los tiempos de la creación son caprichosos e imprevistos.

HERMAN II.— ¿Como los del mar?

HERMAN I.— Como los del mar. Es posible escribir página tras página en un solo día, ser una tormenta. De pronto, llegan instantes de calma pavorosa donde no sopla la más ligera brisa y el mundo parece un desierto interminable.

HERMAN II.— ¿No ocurre así en otros oficios?

HERMAN I.— No, porque en otras ocupaciones todo está calculado. No hay sobresaltos. Atender un dolor que nos aqueja o encontrar la salida del laberinto hacen imprescindible la existencia del médico o el abogado.

HERMAN II.— No compare el trabajo del escritor con el de esos... mercenarios.

HERMAN I.— ¿Mercenarios por qué? También saben de la entrega y la pasión. Sin embargo, las del escritor no son inmediatamente perceptibles.

HERMAN II.— ¿Por qué no?

HERMAN I.— El escritor nace para perturbar conciencias. Es un profesional de la subversión. Es el hombre invisible. Trabaja primero para vencer a sus propios fantasmas, llamados conformismo, silencio, mediocridad. Escribir es alterar al otro, decantar las palabras que transforman el fulgor momentáneo en obra permanente. El trabajo del escritor es dominar el miedo, utilizarlo, hacerlo cómplice y aliado.

HERMAN II.— ¿Sabe qué me llevó al mar? Una forma de miedo. Pero miedo al tedio, al aburrimiento, a no ser.

HERMAN I.— Miedo a ser como los otros. Miedo a usted mismo.

HERMAN II.— Exactamente. (*Pausa larga*). Miedo a ser.

HERMAN I.— Miedo a que noviembre se instalara en su alma para siempre. (*Se dirige a su banca, en la cual vuelve a sentarse, con visible esfuerzo. Extrae el frasco de alcohol y le da un trago, sin ofrecerle al joven. Se incorpora. Camina un poco, cojeando de manera visible*).

HERMAN II (*Tras observarlo atentamente*).— ¿Cómo... se hizo... eso?

HERMAN I.— ¿Cómo me hice qué?

HERMAN II.— Quiero decir... ¿por qué cojea?

HERMAN I.— ¿Cojear? ¿Yo? Soy viejo y no cojo... Bueno, lo que quise decir... (*Se recupera después de su titubeo. Herman II no puede contener la risa. Herman I no puede evitar reír igualmente. Trata de dominarse*). Quiero decir, no cojeo. En las piernas comienza a notarse la edad, pero yo estoy, hasta donde se puede, aceptable en mis piernas. Camino todo el tiempo (*Trata de incorporarse. Finalmente se sienta*).

HERMAN II.— No, perdone mi insolencia.

HERMAN I (*Pausa*).— No importa, no importa. Hace mucho tiempo que no me reía de este modo. Vaya si me hacía falta. Estoy lejos de hacer el ejercicio que mi juventud me permitía. Pero le propongo que hagamos uno juntos.

HERMAN II.— ¿Un ejercicio?

HERMAN I.— Sí. Con la palabra que repite desde que apareció aquí para estropearle el día.

HERMAN II.— ¿Mazatlán?

HERMAN I.— Mazatlán. Ya me dijo que le gusta su sonido. Pero trate de llegar al fondo de la palabra.

HERMAN II.— Mazatlán. Ma-za-tlán. Mazatlán era al principio sólo un nombre. El de un sitio a treinta días de navegación desde el puerto peruano del Callao. Yo me había enlistado en la fragata United States. De ella vengo. Era abril y nuestras órdenes eran recoger

un cargamento de monedas de plata de una tierra cuyas entrañas la otorgan generosamente: México.

HERMAN I.— El olor en el aire era muy fuerte: almizcles humanos y animales, cocos, plantas en descomposición, fósforos y escamas. Mazatlán.

HERMAN II.— ¿Cómo lo sabe?

HERMAN I (*Vacilante*).— No lo sé. Lo imagino. ¿Qué pasó después?

HERMAN II.— Llegamos por la noche. Las luces, escasas pero en círculo, me decían que estábamos en una bahía. A pesar de la distancia, dominaba el sonido armónico, unánime, estridente, de los grillos. Como si la elevación dominante fuera un organismo vivo.

HERMAN I.— Es un organismo vivo.

HERMAN II.— Sí, pero como si fuera algo más que una montaña. Una criatura diferente. *Mazatlán*. Esa noche algo extraordinario estaba por suceder. Cuando eso sentía, sonó la campana que nos convocaba a dormir.

HERMAN I.— ¿Usted obedeció?

HERMAN II.— Me tocaba el turno de hacer la primera guardia. De todas formas, no hubiera podido dormir.

HERMAN I.— Las luces, el puerto, un país desconocido... Enorme tentación...

HERMAN II.— Y más que nada esas piedras...

HERMAN I.— ¿Piedras?

HERMAN II.— Dos enormes peñascos en medio de la bahía.

HERMAN I.— ¿Qué tenían de especial esas piedras?

HERMAN II.— Parecían nacidas con el mundo.

HERMAN I.— ¿Qué las hacía distintas?

HERMAN II.— La luz de la luna. Era llena, espectral, completa. Daba a los peñascos un aspecto imponente. Los plateaba. Dos planetas desconocidos. Parecían ballenas...

HERMAN I.— Una ballena como nadie ha visto una...

HERMAN II.— Una ballena distinta.

HERMAN I.— La ballena es el resumen de la creación. Sentir que el mar respira con toda su fuerza y su esplendor cuando la monumental criatura sale a la superficie. Usted ha visto muchas ballenas en su vida, supongo.

HERMAN II.— De todas clases, tamaños y texturas. Cuando cazábamos una y la subíamos a cubierta, no perdía detalle.

HERMAN I.— Era hacer la anatomía de un Dios, ¿no es cierto?

HERMAN II.— Usted lo ha dicho. Si Dios eligiera ser un animal, sería una ballena.

HERMAN I (*Se incorpora de la banca y se dirige, cojeando visiblemente hacia el centro del escenario. Se detiene. Mira hacia el mar y tiende la mano*).— En ese lomo se leen cicatrices de varias geografías. El primer chorro. Antes que en los ojos, en los oídos y, por qué no

atreverse a decirlo, en el corazón. Resumen de la fuerza, coro de doce locomotoras al unísono, las ballenas emergen en todas las cifras del cuadrante: ojos, oídos, corazón, abren sus puertas, se colman de energía donde parece concentrada la evolución entera. Y se descubre aquí un ojo, allá una aleta, el mugido, el lomo inmenso como la mitad de un planeta, el arqueo inverosímil de la columna para saber después que la ballena no es como aquella que nos pintaron en la infancia. Con la ballena, la realidad es más poderosa que la imaginación. Avanza lenta, majes-

HERMAN I.— ¿Qué descubrió?

HERMAN II.— Que la ballena no es de este mundo. La única ballena es la que no existe, la que tal vez conoceremos algún día. O simplemente soñaremos. Una ballena no es igual a todas las ballenas. Ninguna ballena es igual a la ballena. Cada una tiene su forma de asentar su nota final en el paisaje; su cola, un gigantesco abanico de la última sirena.

HERMAN I.— Avaras y temerosas de un mundo que cambia más rápidamente que el corazón de quien se dice su amo, no muestran sino su lomo planetario. Saber-



© Andrea López

tuosa, y al expulsar su chorro está más cerca del cielo que las demás criaturas.

HERMAN II.— Magnífico. Ojalá yo pudiera decir algo así. Escribirlo.

HERMAN I.— Usted podrá escribir lo que quiera. Lo que está destinado a escribir. Lo que nace para el olvido es más vasto que el mar. La comodidad se hizo para los tibios. ¿En verdad piensa que el escritor trabaja para tener éxito?

HERMAN II.— ¿Y por qué no? Se trata de un oficio como cualquier otro. El rey de los oficios. Por lo tanto debe de ser bien pagado.

HERMAN I.— Éxito no es igual a triunfo. Y el triunfo es sobre usted mismo. Sobre sus dudas, sus temores a no ser lo que usted piensa.

HERMAN II.— En eso tiene razón. Algo definitivo —parecido al triunfo que usted dice— descubrí esa noche en la bahía de Mazatlán.

las en el mismo espacio que nosotros es sentir la palpación del mundo: saber a Dios más cerca de nosotros.

HERMAN II.— Todos los animales aceptan tocar notas menores ante la llegada del Gran Dios Ballena, mármifero y antiguo habitante del elemento Tierra, pulmón del mar y géiser nómada, vaca marina y tren acuático, locomotora submarina que muge con su maternidad agradecida y orgullosa.

HERMAN I.— Bravo, Ismael, bravo.

HERMAN II.— Perdón. ¿Me dijo Ismael?

HERMAN I.— Sí. No. Fue un momento de entusiasmo. Un error, tal vez.

HERMAN II.— Mi nombre no es Ismael. Me llamo...

HERMAN I.— No, no digas... no diga su nombre. (*Dice en voz muy baja, Ma-za-tlán, Ma-za-tlán*). ¿Qué sucedió después con... la ballena... las rocas... la noche?

HERMAN II.— Nadie en la fragata, ni siquiera el capitán, podía desembarcar. De tal modo, decidí soñar

la ciudad. Hacer su historia con las historias que había escuchado y con ayuda, naturalmente, de la imaginación. En esas luces intermitentes sentía las vidas de otros hombres, en miles de bocas ansiosas. En sudores y pieles semejantes y al mismo tiempo distintas a las que nos habían acompañado en el barco.

HERMAN I.— Adivinó su arteria central, llamada por sus moradores Calle del Oro, el camino por el que fluía el deseo más profundo de los hombres. El orgulloso puerto que en lingotes y monedas intentaba purificar su innoble origen.

HERMAN II.— ¿Cómo lo sabe?

HERMAN I (*Vacilante*).— No sé. Supongo que así fue. ¿Bajaron a tierra?

HERMAN II.— Ninguno de los grumetes teníamos derecho a descender del barco, con el riesgo de sufrir azotes. Si la falta era mayor, inclusive podíamos perder

HERMAN I.— Claro, usted era su propio tesoro.

HERMAN II.— Al día siguiente de nuestra llegada, el capitán nos reunió para decirnos que las monedas por las que habíamos sido enviados aún no estaban acuñadas. Por lo tanto, debíamos permanecer tres semanas frente al puerto mexicano. ¿Se imagina?

HERMAN I.— Tres semanas sin bajar del barco. Una tortura lenta y refinada. Cuando el barco está en movimiento, la sangre se renueva. Pero estar quieto y ser joven es un doble tormento.

HERMAN II.— Yo no quería desertar, de ninguna manera, pero sí penetrar en el cuerpo de esa criatura viva frente a mí.

HERMAN I.— Había que buscar una estrategia, entonces.

HERMAN II.— Por fortuna se presentó la oportunidad. Era domingo de ramos y varios marineros católicos

© Andrea López



la vida. Nadie protestaba. Es la ley del mar. La vida en el barco es tan difícil que al día siguiente de embarcarse la única obsesión es desertar.

HERMAN I.— Lo mismo sucede con la escritura. ¿Usted desertó?

HERMAN II.— No, porque se trataba de probarme. De saber quién era yo.

HERMAN I.— O sea que su viaje no fue por motivos económicos. Todo ballenero busca el oro.

HERMAN II (*Duda*).— En ese momento yo iba en busca de otra clase de riqueza.

pidieron permiso para bajar a tierra e ir a misa. Yo soy protestante...

HERMAN I.— Pero con tal de bajar del barco era capaz de aprenderse el nombre de todos los santos del calendario.

HERMAN II.— Mi historial era impecable. Aun así tuvimos que echarlo a la suerte...

HERMAN I.— Y por supuesto usted fue uno de los ganadores.

HERMAN II.— Sin hacer trampa.

HERMAN I.— ¿Cómo entró Mazatlán en usted?

HERMAN II.— Olía intensamente a yodo, a plantas y criaturas del océano. Mi primera imagen es la de pescadores que vendían su mercancía a gritos, con el entusiasmo de haber sacado ese producto con sus manos. Pesaban sin balanza, con el cálculo que dan tiempo y experiencia.

HERMAN I.— Entre todos los pescados que destazaban, me llamó la atención uno plateado, grande, con una gran espada, al que llamaban *marlin*. Arrojaban al muelle sus entrañas ante la delicia de los numerosos y negrísimos pájaros que las devoraban sin inmutarse por la presencia de los pescadores.

HERMAN II (*Lo mira con extrañeza*).— *Auras* llamaban a esa aves.

HERMAN I.— Buitres marinos. *Auras*. Un nombre luminoso que definitivamente no merecen.

HERMAN II.— Había una cantidad enorme de barcos en el muelle, animales vivos, barriles de agua y fruta fresca. Recuerdo además a una mulata monumental, vasta, elástica y airosa, no obstante su humanidad elefanta, con una charola de fruta en la cabeza: la pregonaba como si en su voz estuvieran todos los colores de las joyas comestibles que ofrecía.

HERMAN I.— Qué gran modo de hablar de una mujer.

HERMAN II.— ¿De una mujer?

HERMAN I.— Sí, porque lo que está haciendo es casi una declaración de amor...

HERMAN II (*Vacilante*).— No... yo...

HERMAN I.— Bueno, bueno, no se distraiga y continúe.

HERMAN II.— Para conocer una ciudad a la que hay que dejar rápidamente es preciso encontrar el lugar donde se come, el sitio donde se reza y el espacio donde yacen sus muertos.

HERMAN I.— Muy buena síntesis. ¿Adónde iría si sólo tuviera una sola posibilidad?

HERMAN II.— A ese donde se concentran las tres actividades. Luego de salir rápidamente de la iglesia, me salió al encuentro *El amargo mar*, un sitio donde no entraría un caballero.

HERMAN I.— No imagina los lugares donde mi curiosidad y el deber me han llevado. *El amargo mar*. Curioso nombre, por no decir que elemental. Todo mar es amargo, sabe amargo, ¿no es verdad?

HERMAN II.— Lo mismo pensé.

HERMAN I.— Tantas emes, como el golpe del mar contra los barcos. Sólo le faltaba llamarse *El amarillo amargo mar de Mazatlán*.

HERMAN II.— Me atrajo ese letrero que pude descifrar en mi español rudimentario. Leer, que no descifrar.

HERMAN I.— Descifrar es otra cosa, ¿no es cierto?

HERMAN II.— Al empujar esas batientes sabía que estaba abriendo las puertas del infierno.

HERMAN I.— “¡Oh vosotros los que aquí entráis, abandonad toda esperanza!”.

HERMAN II.— ¿Cómo dice?

HERMAN I.— Es la frase que Dante encuentra, a punto de iniciar su inmersión en el Infierno. Pero siga, su historia es superior a mis interrupciones.

HERMAN II.— Lo que encontré va más allá de lo imaginable. Con los salvajes conocidos en mis viajes marítimos creí haber visto todo. Pues no. En ese pequeño y promiscuo espacio pululaban toda clase de aventureros: trabajadores de las minas, marinos, mujeres cuyos guisos —en unos trastos llamados *anafres*— humeaban el local de piso a techo, músicos mal fajados a los que todos oían y nadie escuchaba, tahúres y bravucones profesionales. Y en medio de ese ambiente hostil, de violencia en el aire, de cuchillo impaciente por la carne del otro, velas, crucifijos, un universo de estampas religiosas.

HERMAN I (*Divertido*).— Es como si hubiera entrado a otra iglesia.

HERMAN II.— Era también un templo...

HERMAN I.— Donde se adoraba a otros dioses, tal vez más peligrosos y letales.

HERMAN II.— Me salió al encuentro un hermano provisional y eterno. “*Fiachra*”, me gritó un gigante pelirrojo que, al confundirme con alguien de ese nombre, me adoptó de inmediato. Era, naturalmente, un irlandés.

HERMAN I.— ¿Le gustan los irlandeses?

HERMAN II.— Al principio de mis navegaciones, los traté con la natural desconfianza que les da su mala fama.

HERMAN I.— ¿Mala fama?

HERMAN II.— Sí, ganada por su excesivo apego al alcohol, su irreverencia, su acendrado, casi escandaloso catolicismo que los lleva a morir por la causa que defienden.

HERMAN I.— Me sorprende su juicio tan severo. Todas las que enumera son virtudes.

HERMAN II.— Eran los seres más lejanos a mi temperamento. Sin embargo, luego aprendí lo auténticos que son. Al instante pasé a formar parte de la fraternidad de ese irlandés llegado a Mazatlán, expulsado de su patria por el cólera, la falta de dinero. Y por un enemigo mayor: el hambre.

HERMAN I.— Su nuevo amigo iba entonces en busca de plata mexicana.

HERMAN II.— No, iba en busca de la gloria. La plata era secundaria. Para celebrar nuestro encuentro me invitó a que pasáramos a la mesa en forma de herradura que se hallaba en el propio local.

HERMAN I.— ¿Dentro de la cantina?

HERMAN II.— El mundo podía llegar a su fin dentro del *Amargo mar*. Nada faltaba. Nos sirvieron en abundancia y sin ningún orden toda clase de alimentos: arroz blanco, huevos, carne, ostiones crudos y fritos y un pescado rojo al que llamaban *huachinango*.

HERMAN I.— Si quiere ser escritor, va por buen camino. Al menos por su curiosidad para saber el nombre de las cosas.

HERMAN II.— Siempre me ha gustado el sonido de las palabras, sobre todo de las nuevas, las que fijo para siempre en la memoria.

HERMAN I.— Como Mazatlán.

HERMAN II.— Como Mazatlán. (*Vuelve a su letanía del principio. Herman I sigue mímicamente el sonido de las palabras*). Para sellar lo que ya era para el irlandés un pacto de sangre, tomó dos copas y sirvió una bebida transparente como el agua. Me pidió —más bien me ordenó— que vaciáramos el vaso de un solo trago. (*Hace el gesto y Herman I siente el efecto*). ¿Sabe lo que es beber fuego? La bebida entró, implacable y voraz, dentro de mí. Cuando pude articular palabra, le pregunté: “¿Qué bebimos?”. El irlandés respondió, entero y pícaro y seguro: “Tequila”.

HERMAN I (*Saca nuevamente su frasco de alcohol y le da un trago*).— Agua que corta. Lumbre transparente.

HERMAN II.— Luego entonces la conoce. ¿O lo conoce?

HERMAN I (*Cierra ceremoniosamente su botella*).— Como el café y el amor, es fuerte y poderoso. ¿Y su género? Puede ser *el* tequila o *la* tequila. En el segundo caso, es hechicera peligrosa que abisma a sus devotos. Pero siga. No haga casos a las acotaciones de este su amigo viejo, porque no puedo decir que soy su viejo amigo.

HERMAN II.— Lo que más me gusta es que ya se atreve a decir que somos amigos. Vamos por buen camino.

HERMAN I.— Por favor continúe su narración. Esa sí va por buen camino.

HERMAN II.— Mi nuevo hermano, bueno, ese que el alcohol había transformado en hermano de alma, se llamaba Joshua.

HERMAN I.— ¿Joshua?

HERMAN II.— Sí, Joshua. Joshua... O’Farrill.

HERMAN I.— ¿Cómo pudo liberarse de su nuevo... hermano?

HERMAN II.— Parecía haber bebido desde que nació. Me asombraba que pudiera mantenerse en pie, sobre todo tras enfrentar la furiosa bebida en la que intentó iniciarme. Cuando le anuncié “Debo regresar al barco”, me contestó: “Antes voy a llevarte a un lugar donde puedes mirar toda la bahía”. Con doble trabajo ascendimos el cerro llamado del Vigía. Por fin llegamos a la cima. La luz del atardecer daba a las piedras, a *mis* piedras, una consistencia especial. Con el estímulo del alcohol comprobé que en verdad eran criaturas vivas, anteriores al mundo.

HERMAN I.— ¿Le comentó lo que me está diciendo a O’Farrill?

HERMAN II.— Por desgracia sí. Me respondió que la blancura de las rocas se debía al guano —vaya, la mierda— que las gaviotas dejan sobre ellas.

HERMAN I.— Qué forma de aniquilar una metáfora.

HERMAN II.— La idea ya estaba en mí, y ningún borracho iba a arruinarla.

HERMAN I.— Claro que no. La poesía es de quien la descubre. De quien la hace suya, la transforma y la conserva. Como fuego eterno. **u**

